



LA PURA VERDAD

Dan Gemeinhart

«Un libro lleno de emociones, sentimientos
y mucho mucho más.» *(The Guardian)*

CROSS
BOOKS



LA
PURA
VERDAD

Dan Gemeinhart

CROSSBOOKS, 2016
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Honest Truth*
© del texto, Dan Gemeinhart, 2015
© de la traducción, Isabel Murillo Fort, 2016
© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2016
ISBN: 978-84-08-16032-8
Depósito legal: B. 14.135-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1



A
434
KM
DEL
DESTINO



La montaña me llamaba. Tenía que huir. Tenía que hacerlo.

Y no necesitaba que nadie me acompañase.

Tensé los tirantes de la mochila, tiré del pomo de la puerta mosquitera y la mantuve abierta con el pie.

—¡Vamos, *Beau!* —grité, y la voz no me tembló ni una pizca. Era fuerte. Como yo.

Beau cruzó la puerta como un rayo y me golpeó las piernas con la cola a su paso. Empezó a dar vueltas en el porche, como si bailara, sonriéndome con sus ojos desiguales, la lengua colgando de felicidad. Me agaché para rascarle las orejas como a él le gustaba, como solo yo sabía hacerlo.

—Siempre dispuesto a salir a dar un paseo, ¿eh, colega? Resopló un sí.

—Pues muy bien —dije, cogiendo la bolsa por las asas e incorporándome—. Prepárate para vivir algo extraordinario. —Contemplé el horizonte, las lejanas montañas cubiertas de nieve—. Para el paseo más grande de tu vida. Esa es la verdad.

Cerré la puerta a mi espalda y no volví la vista atrás ni una sola vez. No me preocupé por coger la llave. Tal vez no regresara jamás.

Beau caminó pegado a mi pierna durante los diez minutos de recorrido que hay hasta la estación. La cámara que llevaba colgada al cuello con una correa se balanceaba de un lado a otro y rebotaba contra mi vientre. En cuanto vi la estación, doblé a toda prisa una esquina, me adentré en un callejón y me agaché. Empecé a jadear nervioso.

—Vamos, *Beau*, ahora tenemos que hacer lo que hemos ensayado. —Abrí la cremallera de la bolsa. Estaba casi vacía. Di unas palmaditas en su interior—. Venga, *Beau*. Métete.

Beau entró en la bolsa, giró un par de veces sobre sí mismo y se tumbó. Levantó la cabeza para mirarme.

—Eres un buen perro —susurré.

Intentó menear la cola en el interior de la bolsa. Hurgué en el bolsillo hasta encontrar una galleta, y *Beau* me la robó y la engulló de un solo mordisco.

Cerré casi por completo la cremallera de la bolsa. *Beau* desapareció en la oscuridad. Me incorporé, y el peso del perro tiró con fuerza de mi brazo. Sujeté las asas con firmeza.

—Menos mal que no eres un san bernardo —le dije en voz baja a la bolsa.

Doblé de nuevo la esquina y me dirigí a la taquilla. El hombre del otro lado de la ventanilla levantó la cabeza de la revista que estaba leyendo y me miró entrecerrando los ojos. Me ajusté la gorra roja que llevaba y tosí para aclararme la garganta antes de hablar.

—Quiero dos billetes —dije.

—¿Autobús o tren?

—Autobús. A Spokane.

—¿Viajas solo?

La palabra «solo» sonó como una campana desafinada. Me pasé la lengua por los labios.

—Mi padre ha ido al servicio —respondí—. Me ha dado el dinero para comprar los billetes.

El hombre movió la cabeza con un gesto afirmativo y a continuación bostezó. La gente es perezosa. Con eso contaba yo.

—De acuerdo. Un adulto y un niño. De Wenatchee a Spokane. Serán cuarenta y cuatro dólares.

Saqué el dinero del bolsillo de la chaqueta azul y se lo di.

—El autobús sale en diez minutos. Allí a la derecha.

Cogí los billetes y eché a andar hacia donde me había señalado. Se oían los motores de un par de autobuses aparcados junto a la acera. Vi que uno de ellos tenía un cartel que decía «Spokane» en la parte delantera. Miré por encima del hombro. El hombre de la ventanilla estaba de nuevo concentrado en su revista. Pasé de largo el autobús y doblé la esquina del edificio.

En dirección a donde me habían dicho.

Allí se encontraba la pequeña sala de espera que había visto cuando había trazado el plan. Donde estaba el cubo de basura grande atado con una cadena, alejado de la vista de todo el mundo. Rodeé el cubo, eché un rápido vistazo para asegurarme de que nadie miraba, me quité la chaqueta azul y la tiré a la basura. La gorra roja y los dos billetes de autobús siguieron el mismo destino. Saqué de la mochila el gorro verde oscuro de lana y me lo puse.

Me volví para marcharme y palpé el bulto del bolsillo.

Respirando hondo y con nerviosismo, extraje el reloj. Era un reloj de bolsillo anticuado, de formato redondo y cadena plateada. Un regalo de mi abuelo, ya fallecido. Me mordí el labio, con fuerza. Percibí su tictac en el interior de la mano. «Tic. Tac. Tic.» El tiempo agotándose.

Otra cosa que no entiendo: por qué llevar encima algo que te recuerda constantemente que la vida se va agotando.

Arrojé el reloj contra el suelo con todas mis fuerzas. Se estampó contra el hormigón. El cristal se rajó, pero no se rompió. Apreté la mandíbula y lo pisoteé con tanta rabia que hasta me dolieron los pies. El cristal se partió y seguí pisoteándolo hasta doblar las agujas. Y seguí, y seguí.

Tenía el pie levantado para arrear un nuevo pisotón cuando oí los gemidos de *Beau* en el interior de la bolsa. Me ardían los pulmones. Respiraba con dificultad, de prisa. Empezaba a sufrir náuseas. Una leve sensación de dolor me punzaba la cabeza. *Beau* gimió otra vez.

—Tranquilo, chico —dije jadeando, y acabé de bajar el pie.

Me agaché, dispuesto a recoger el reloj para tirarlo a la basura, pero me detuve. Miré el cubo, miré el reloj destrozado. Me enderecé y palpé la cámara que llevaba colgada al cuello. Me la acerqué al ojo e hice una foto de los fragmentos de reloj esparcidos por el suelo. Y luego, con la punta del pie, los recogí hasta acumularlos detrás del cubo.

Asomé la cabeza y vi el tren que esperaba en el andén. Era fino, de color gris plata y rugía como un terremoto embotellado. Busqué en el bolsillo de la sudadera gris y encontré el billete de tren, el que había comprado por internet la noche anterior con la tarjeta de crédito que había

birlado del bolso de mi madre. El estómago me dio un vuelco.

—¿Vas a Seattle? —me preguntó la mujer que me cogió el billete. Asentí y me dispuse a subir a bordo. No quería que me recordara—. ¿Viajas solo? ¿Te ayudo con la bolsa?

Intenté no lanzarle una de esas miradas que matan.

—No —respondí sin mirarla, y subí la escalerilla del tren, las piernas y los dedos me ardían debido al peso de *Beau*.

El tren estaba casi vacío, y me senté en una fila en la que no había nadie, al fondo del vagón. Al otro lado de la ventana estaba Wenatchee, el hogar que dejaba atrás. El cielo empezaba a oscurecerse. Los edificios bajos y los almacenes que flanqueaban las vías del tren proyectaban sombras alargadas. Las nubes eran negruzcas y voluminosas. Se acercaba una tormenta, y también la noche.

Fuera, en algún lugar de aquella oscuridad, estaba Jessie, mi mejor amiga. Y mi madre, y mi padre. Sus rostros flotaron en mi imaginación. No tenían ni idea de que estaba marchándome para no volver. No tenían ni idea de adónde iba. No podrían encontrarme. No podrían ayudarme.

Pestañeeé con fuerza y sacudí la cabeza.

—No los necesito —dije en voz baja, forzando la vista para divisar la ciudad, las sombras—. No necesito a nadie.

Era cierto, tal vez, pero no me gustó que aquellas palabras sonaran más crueles que fuertes. Acaricié el frío vidrio con la punta de los dedos, buscando en la distancia la casa vacía que mis padres pronto descubrirían.

—Lo siento —dije en voz más baja si cabía—. Lo siento.

Cogí la pequeña libreta y el bolígrafo que guardaba en

el bolsillo exterior de la mochila. Pasé de largo hojas de deberes y garabatos y la abrí por la primera página en blanco que encontré. Me quedé un minuto pensando. Le di vueltas en la cabeza al asunto, intentando encontrar las palabras adecuadas para el momento. Me vino a la cabeza una idea, lenta y tímida. Asentí. Conté un par de veces con los dedos, mi boca se movía en silencio al ritmo de las palabras. Y entonces las escribí.

Oí la llamada en el exterior:

—¡Pasajeros al tren!

Y a continuación, el estrépito metálico de una puerta al cerrarse.

Miré las palabras que había escrito en el papel. Tres líneas:

Me voy de casa.

Un viaje, un camino.

A las montañas.

Introduje la mano en la bolsa que reposaba en el asiento, a mi lado, y encontré la cabeza de *Beau*. Me lamió los dedos. Tenía la lengua húmeda, el aliento caliente. Era suave. Era mi amigo. Le rasqué detrás de las orejas e intenté no llorar. Intenté recordar que no tenía miedo. No mucho al menos.

Reposé la cabeza en el asiento y me esforcé por no pensar en otra cosa que no fueran las montañas.

Mi madre llegaría a casa en un par de horas.

Y un par de horas más tarde, la policía empezaría a buscarme.

CAPÍTULO

1 1/2



La voz temblaba.

Hoja final del árbol.

A él se aferra.

—Jessie, cariño, ¿está Mark ahí? ¿Está Mark contigo?

Jessie Rodríguez hizo un gesto de negación ante el teléfono.

—No, qué va. No lo he visto desde que hemos salido del colegio. ¿Qué pasa?

—Ah —dijo la madre de Mark, esforzándose por reír. Pero la risa sonó como si estuviera atragantándose—. Nada, seguro que nada. Pero me ha sorprendido que no estuviera aquí, y la casa está tan oscura... —Se interrumpió—. *Beau* tampoco está. Dime algo si aparece por allí, ¿vale?

Mark nunca apareció.

La policía no suele ponerse en acción cuando un niño lleva solo dos horas desaparecido. Pero cuando su madre les contó lo de Mark, su historia, empezaron a prestarle un poco

más de atención. Cuando se enteraron de lo que habían dicho los médicos, le prestaron mucha más atención. Cuando encontraron la nota que había dejado, le prestaron toda su atención.

De modo que, poco después de las siete de la tarde, dos coches de policía llegaron a toda velocidad al aparcamiento situado junto a la terminal de autobuses y la estación de tren. No tenían ningún motivo que los llevara a pensar que había ido allí excepto la sensación de que estaba huyendo, y un niño que quisiera huir de Wenatchee solo podía hacerlo de dos maneras: en autobús o en tren. Uno de los policías saltó del coche patrulla y corrió hacia el autobús que estaba estacionado, un vehículo que pronto emprendería su marcha hacia el sur, hacia Oregón. Examinó a las personas que ocupaban los asientos en busca de un niño que viajara solo. Un niño flaco, pálido. Un niño con gorra.

No vio a ninguno.

El otro policía corrió hacia la taquilla de la terminal de autobuses y llamó a la ventanilla. Detrás del cristal había un hombre de aspecto aburrido leyendo una revista. Dio la impresión de que el aburrimiento se desvanecía un poco cuando vio que se trataba de un agente de la ley.

El policía le formuló unas preguntas, en tono veloz y cortante. El hombre se pasó la lengua por los labios, se rascó la barbilla, ofreció algunas respuestas. El agente asintió y regresó al coche patrulla, donde se reunió con su compañero, que volvía del autobús. Abrió la puerta y conectó la radio.

—Ya lo tenemos

»Está camino a Spokane.

»Con gorra roja.